

LA MISION PEDAGOGICA A CARAGUATA

Contra mi costumbre, esta nota y las que seguirán voy a publicarlas bajo firma. Hay cosas que deben ser dichas poniendo en ellas toda la responsabilidad en lo que se dice. La reina de "Los Tres Mosqueteros" mentía sólo cuando le hacía falta hacerlo. Ahora a mí no me hace falta, y por eso diré toda la verdad.

Pero a la verdad, hay que decirlo todo.

Hemos vivido diez días en los rancharios de Caraguata a muchas leguas de Fraile Muerto, la estación de ferrocarril más cercana. Y hemos visto de cerca, en convivencia muy íntima, como viven los habitantes pobres de Caraguata.

Este tema fué planteado antes por el Dr. Borges y la Srta. Elsa Fernández. Allí y aquí se les discute, tanto en sus propósitos literarios como en la honestidad y eficacia de su obra. Ellos no estaban allí pero nosotros pudimos ver de cerca la huella de su trabajo y valorarlos en lo que se merecen.

Todo esto me obliga a decir las cosas por su nombre y a respaldarlas con mi firma. No es mucho, pero es lo que humanamente puedo hacer porque se conozca una dolorosa verdad.

Verdad que se dice sin desplantes literarios, sin afán de sombrar las tintas de un cuadro, verdad que se dice sin otra preocupación que la de decirlo, porque, así lo creemos, el país debe saber hasta donde alcanza la purulencia de sus cánceres y hasta donde, también, la indiferencia de los responsables de su profilaxia y curación.

Porque a las verdades, generalmente les huimos. O son desagradables o nos quitan la tranquilidad, o turban nuestro bienestar.

Y la solución más cómoda es no darnos por enterados. De todos modos, con esta actitud quedamos blindados frente al dolor ajeno, y a los demás que los parta un rayo.

Pero veces hay en que las cosas son tan gruesas, que hasta ese instinto de bienestar pasa a segundo plano. Es lo que quisiéramos para nuestros lectores: que siguieran con sensibilidad y condición humanas la exposición de lo que ha sido nuestra experiencia, sin prejuicios ni preconcepciones. Para informarse de hechos que hacemos conocer.

Porque creemos que lo visto allí debe saberlo todo el país, es que lo escribimos. No hay derecho a vivir ignorando ciertas cosas de lo que sucede entre nuestra gente, sin que, en buena parte, nos convirtamos en culpables de un estado de cosas por la tozudez egoísta de seguirlo ignorando.

El lunes 4 de Julio, antes de las seis de la mañana, partamos en motocar hacia la misión. Formaban el grupo de misioneros 18 estudiantes de magisterio —varones y muchachas— y tres profesores: la Srta. Josefina Arrién, el Sr. Pancho Oliveras y el que esto escribe.

A las dos de la tarde estábamos en Fraile Muerto, después de un viaje que, pese a la lluvia y al frío, en poco o nada difirió de una excursión estudiantil. Los muchachos rebosantes de optimismo; los mayores contagiados del optimismo de los muchachos.

Lo grueso de la carga había ido adelante. Llevábamos artículos alimenticios, ropa y calzado para distribuir allí entre el poverío. Llevábamos un equipo cinematográfico, una discoteca, un teatro de títeres, y como no podía faltar, una serie de conferencistas, cada uno dentro de su especialidad o vocación. Uno de los muchachos, extraordinario violinista y algunas de las chicas, finas y sensibles declamadoras, completaban el elenco artístico.

Pero, por sobre todo nuestro bagaje se caracterizaba por el optimismo, y por los planes ya determinados de antemano, que anunciaban una fructífera misión.

● EL PRIMER CHOQUE CON LA REALIDAD. —

Cuando llegamos a Fraile Muerto nos encontramos con que la lluvia no nos dejaba seguir. Después de casi cuatro años de una espantosa sequía viene a llover, precisamente, el día de nuestra llegada. Los muchachos empezaron a considerar que la tierra prometida de Caraguata estaba mucho más lejos de lo que, geográficamente, parecía.

Pero nadie se desanimó. Esa noche hubo rueda de mate y tortas fritas, en la escuela, cedida para nuestro hospedaje por la Inspección de Cerro Largo

y por la Sra. Directora. Estábamos en lo mejor cuando nos llegó el primer indicio de la simpatía con que se recibía a la muchachada. Algunas personas del pueblo se habían reunido y habían resuelto llevar a las muchachas a sus casas. Los hombres quedaríamos en la escuela.

Con placer las vimos partir. Porque lo pasarían mejor, y además porque nos dejaban sus colchones y frazadas. Yo, por mi parte, que he pasado casi toda mi vida en torno a la escuela, descubrí recién ese día, la dureza de los pizarrones, que nos sirvieron de tarimas para dormir.

Al otro día el mal tiempo continuaba y como no se podía seguir resolvimos salir a invitar al pueblo para que viniese a la escuela y dar allí nuestro primer acto de misioneros.

● EL PRIMER ACTO. —

La escuela se llenó de gente: viejos, jóvenes; gente de abajo, descalzos y andrajosos; gente de clase media, mejor vestidos y por consiguiente, nos acompañó también lo más selecto de la población.

Era una multitud abigarrada e informe, que oía, que veía que se sorprendía. Al acto —función se agregó mediante intercalaciones el acto cultural. Y todo fué un éxito desde el punto de vista de la afirmación de nuestros prestigios de artistas ambulantes.

Esa noche, el martes 5, nos hicieron en Fraile Muerto una recepción en el club. Demás está decir que concurrimos a ella como estábamos y con la única ropa de que disponíamos.

Tal vez nunca más verá Fraile Muerto igual conjunto de disfraces a tantos meses del carnaval.

Sin embargo todo fué un éxito porque los muchachos suplieron con buen humor sus inexperiencias iniciales. Entre lo jocoso y grotesco se intercala-

ron también, números serios a base de música y recitación.

Cuando regresábamos ya con la sensación del éxito, hasta los pizarrones nos parecieron más flexibles: la misión —en la que habíamos puesto pasión y esperanzas,— estaba dando sus frutos.

● EN MARCHA A CARAGUATA. —

Al día siguiente después de vencer innumerables dificultades logramos conseguir en que ir a Caraguata. En un pequeño ómnibus de campaña marchamos unos. En un camión, con el resto de la carga, los demás. Había que hacer alrededor de quince leguas de camino de tierra inmediatamente después de haber llovido.

Salimos a las nueve, unos, los del ómnibus, y llegamos más de las tres de la tarde. Los del camión llegaron recién a las nueve de la noche.

Fuimos a parar a la escuela 61 de Tacuarembó de la cual es directora la Sra. Doliente. Se nos colmó de atenciones, y nuestras compañeras —¡oh felicidad de todos!— pudieron dormir en camas, que se habían preparado para esperarlas. Nosotros, los hombres voluimos; sin ser artistas, a nuestros amores, por las tablas.

Se nos había ofrecido un cocktail y un baile en la escuela. Todo hecho con el propósito generoso y amable de recibirnos lo mejor posible; de colmarnos con el mayor número de atenciones.

Pero nosotros éramos misioneros, no visitas de cortesía. Así que al otro día en la cuchilla de Caraguata iniciamos nuestra verdadera experiencia de misión. Salimos por grupos a recorrer ranchos, a hablar con las gentes más pobres, a investigar sobre sus problemas. En general se nos recibió al principio con reticencias. Después se nos fué comprendiendo mejor y los ranchos se abrieron a nuestra curiosidad.

Entrábamos, nos sentábamos, formábamos rueda para charlar un rato "falanado" una mezcla verdaderamente criminal de castellano y portugués. Y la sencillez y el interés humano con que realizábamos nuestro trabajo nos fué ganando las gentes de abajo.

El pretexto era la invitación para la fiesta de la tarde en la escuela. Pero mientras unos conversaban otros recorrían los ranchos, observaban los camastros, sacaban los muchachos que se escondían debajo de las camas, buscaban la olla para ver que se cocinaba, tomaban datos y apuntes sobre trabajo, condiciones de vida, etc.

● LA RECEPCION DE LA "CREME" —

Vistábamos en la población todo. Los almacenes donde se nos agasajaba amable y finamente, las casas de las gentes más o menos pudientes; los ranchos destaralados del poverío. Todo caía bajo nuestra curiosidad.

Así el primer día pudimos anotar datos generales interesantes: en Caraguata la gente de condición más o menos acomodada, está muy dolida porque se ha hablado mucho de la miseria del pago. A poco andar en la conversación las gentes "bien" nos decían:

—En Caraguata no hay indios, como se ha dicho. Hay pobres como en todos lados. Pero ustedes verán que se van a dar cuenta ustedes que no son ciertos.

Nosotros escuchábamos discretamente, y seguíamos nuestras andanzas por los rancharios. Los ranchos decían, por cierto, otra cosa bien distinta, que concretó luego uno de nuestros compañeros:

—Tienen razón. No hay indios. Ya quisieran éstos vivir como vivían los indios.

Y todavía no habíamos visto nada. Cuando de la cuchilla de Caraguata, donde está la escuela N° 61, pasamos a la 28 en la costa del Arroyo, nos encontramos con que todos los límites imaginables de la miseria humana están allí. Los daremos a conocer con más tiempo y con documentos gráficos en los próximos números.

Como anticipo, podemos adelantar algunas cosas. Fuimos con el propósito de hacer cultura y nos encontramos que antes de cada acto teníamos que darles de comer a los pequeños y a veces a los grandes.

Fuimos a hacer propaganda sobre higiene y nos encontramos con que no hay agua y la que se consigue es como un tesoro que sólo se usa para beber.

Niños hay, de ocho o diez años, que nunca han tomado leche; que se crían y alimentan con agua de maíz. Vimos ranchos con diez o doce personas y una sola cama —si a aquello pudiera llamarse así— para todos.

Hemos visto mucho. Tanto que estos días parecen años por lo intensamente vividos. Cuando los lectores que se tomen con paciencia el trabajo de leer nos hayan terminado las notas que tenemos el deber de publicar, habrán comprendido que no exageramos.

J. C.

